

# Revisan la Biblia

## Decisión Episcopal

Por JOSE IGNACIO LOPEZ, de "La Opinión" de Buenos Aires

CON una declaración sobre la Biblia Latinoamericana y un comunicado en el que alude al problema de la violencia, los detenidos y las desapariciones —el cual, antes que formular denuncias públicas opta por continuar por el camino de las gestiones ya emprendidas ante el Gobierno—, concluyó ayer la XXXIV Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina.

Con relación a la Biblia Latinoamericana, centro de una polémica que según los obispos "alcanzó en los medios periodísticos una publicidad inusitada para temas de naturaleza tan especial", se afirma la necesidad de una revisión y complementación "que supere los elementos discutibles y logre salvar sus muchos aspectos positivos".

Tal revisión se concretará con la edición de un suplemento que será obligatorio para la Argentina y que permitirá manejar esa edición de las Sagradas Escrituras, "nacida del deseo de acercar la Palabra de Dios al pueblo, con provecho y sin peligros para su vida interior".

En el texto votado por el plenario episcopal no se hallará, pues, ni el anatema que prohíbe ni el aplauso encendido. Se ha de encontrar, esencialmente, una reacción religiosa, una respuesta pastoral que, por lo pronto ha servido para colocar el controvertido tema en su adecuada perspectiva.

Los obispos han clausurado así la que habrá sido, sin duda, la más difícil de sus asambleas. Iniciada al cabo de una ensañada polémica que llegó a lesionar la unidad del cuerpo episcopal, desde el punto de vista de la Iglesia en el plenario ayer clausurado se ponía en juego algo más que la diversidad de opiniones sobre la Biblia Latinoamericana.

La asamblea constituía una prueba de fuego para el principio de la unidad, signo

esencial en la Iglesia. No en vano el encuentro iniciado el lunes en San Miguel se abrió con un telegrama del Papa en el cual Pablo VI instaba a los obispos a deliberar "en un clima de renovado espíritu colegial". Pero había aun otra exhortación en el mensaje pontificio: la que invitaba a los obispos a "entregarse generosamente a su propio cometido".

Y ahí estaba la otra cuestión en juego: la de rescatar para la Iglesia un tema de su propia competencia que por intentos de uno u otro signo, se había salido de su cauce.

La Biblia Latinoamericana se convirtió así en la parte visible de un iceberg: en lo profundo, lo que de alguna forma parecía cuestionarse era la proyección social del Evangelio.

A todo ello debieron atender los obispos cuando iniciaron sus deliberaciones. Con un esquema demasiado simplista o tendenciosamente interesado, fuera del recinto de San Miguel muchos sectores, algunos ajenos a la propia Iglesia, aguardaban el aplauso o la condena. Dentro de la sala de reuniones la cuestión perdía simplicidad y sectorización.

Tal como estaba planteado el asunto al iniciarse el plenario episcopal, es razonable imaginar que uno de los riesgos que los obispos debían sortear era el de resultar instrumentados. Nada parecía mejor, entonces, que volver la cuestión a su carril, examinarla en toda su complejidad y resolverla desde el único ángulo posible para la Iglesia: el religioso.

No es extraño entonces que antes que por un decreto normativo los obispos optaran por una declaración de tono pastoral. Esa fue la primera decisión adoptada por el plenario, tras un debate no por sincero menos doloroso, en el que ningún prelado dejó de observar que lo prioritario era

restañar las heridas sufridas por el cuerpo colegiado.

A partir de aquella decisión es fácil comprender que los obispos sintieran la necesidad de expresar que, en la Iglesia, la interpretación de las Escrituras es derecho exclusivo de la jerarquía y que "ningún poder, cualquiera sea su motivación, puede interferir" en esa función.

También son comprensibles las puntualizaciones acerca del marxismo. El propio texto se encarga de explicar que se deben a las acusaciones "de cierta complacencia" con esa ideología formuladas a los obispos.

El apuntado afán episcopal por evitar cualquier instrumentación de sus palabras se advierte en esos párrafos de la declaración de ayer. Al condenar la ideología y la praxis marxista, los

obispos creen necesario dejar dicho que están por encima de intereses partidistas y que no son instrumento "de ninguna cruzada".

Al tornar las cosas a su carril, es obvio que la declaración del Episcopado descoloca a todos aquellos que se anticiparon al debido pronunciamiento de la jerarquía eclesiástica. Y desautoriza a quienes, desde fuera de la Iglesia, se sintieron con autoridad de calificar al texto.

Al optar por una revisión y por editar un suplemento obligatorio para que pueda continuarse "con provecho y sin peligros" con el empleo de la Biblia Latinoamericana, los obispos han formulado importantes decisiones.

Por lo pronto, el texto y la traducción de las Escrituras es considerado "sustancialmente fiel". Las introducciones y notas se juzgan como de diverso valor: en ciertos casos, fieles y respetuosas, en otros ambiguas, no exentas de peligros; algunas, referidas a la Iglesia, inaceptables por su carácter desorientador. Y en cuanto a las ilustraciones se señala en su elección una línea temporalista al tiempo que dos de ellas resultan desaprobadas.

Con ese criterio eminentemente pastoral, alejado de juicios explosivos y desprovisto de cualquier tono apocalíptico, los obispos han puesto fin a la controversia. De ahora en más ha de aguardarse que la Comisión Ejecutiva del Episcopado designe a los encargados de preparar el suplemento que se agregará a la Biblia Latinoamericana y que esos expertos inicien una labor que será de serenidad prudencia y respeto religioso.